



**Hernán Augusto Ruíz Rodríguez**

Lic. Lengua Castellana IDEAD y Promotor de lectura

**H**ay textos que se construyen desde la memoria propia, pero éste es un camino hecho de líneas trazadas por el tiempo, con voces, melodías y susurros que en las noches acompañan los cocuyos y las aves nocturnas. Las letras se convierten en notas que sin pretensiones se dejan en el aire mientras son llevadas por la brisa en una ciudad que consume los días.

Un aire de bohemia que abraza cada pared y que, desde la entrada invita a saborear entre copas, aquellas melodías que se escriben en el tiempo, como testimonios de amores que deambulan por corazones enamorados, pero también desdichados y silentes ante lo idílico de la vida. Así podría describir ese sentir que, como un aura, se desprende de un lugar que se hace visible en las calles de la melodiosa ciudad musical.

Mientras transcurre el día, las mesas, las sillas y los cuadros que adornan ese bello lugar, acoge a los que buscan un lugar tranquilo para pasar su hora de almuerzo, con platos de la gastronomía

tolimense. El aire que se pasea por cada rincón, lleva consigo la memoria de muchas décadas de artistas y grupos que han logrado dejar su huella en éste emblemático lugar.

Llega el atardecer y las mesas se adornan con velas encendidas por la llama de los años, que dan la bienvenida a estos seres que despiertan al llegar la noche y luego de un ritual de sentires, se rodean con trajes de épocas mejores, que no solo hacen parte del recuerdo, sino que dan cuenta de su resistencia al olvido.

Entre estuches y trajes de gala, se ven venir a lo lejos, como si cada paso que dieran fueran un acercamiento a esas historias que cobran vida a través de la música y que los reúne cada noche en un círculo de amigos, que entre sonrisas aguardan aquel enamorado o aquella mujer que anhela rendir un homenaje a los años de su amor y no encuentra palabras para describir sentires, entonces aparecen los tríos, los duetos y los grupos que con el sentimiento propio de los boleros, seducen a la noche y buscan ese encuentro entre los amantes.

Como lo diría Cortázar en el poema bolero “Qué vanidad imaginar que puedo darte todo, el amor

y la dicha”, esos sentimientos que se desbordan del alma y que se funden junto a las notas de una guitarra, un tiple o una melodía que llega hasta el alma y hasta inunda la voz que rompe el silencio y trae consigo la súplica de perdón, de olvido del daño hecho, de la celebración por el amor brindado y hasta por el tiempo de caminatas juntos.

La noche transcurre entre historias, experiencias y momentos que intentan revivir épocas de antaño escritas en el alma de los músicos unidos con lazos de amistad que perduran.

En el fondo de ese lugar, se levanta casi desapercibido, un escenario de tablas que crujen con los pasos y que también llevan en su piel recuerdos de todos aquellos que han transcurrido intentando encontrar una ventana o una puerta para mostrar a otros, aquellas melodías acompañadas de nostalgia y esa bohemia que al salir la primera nota, lo cubre todo y hace suspirar la noche en un mágico ritual de encuentros.



Asistir a una función en éste lugar que emerge en el centro de la ciudad de Ibagué, es todo un privilegio, cerca al parque Murillo Toro, entre luces tenues y un pequeño letrero que se pierde entre la oscuridad, está “La coral”, un sitio emblemático que invita y seduce a los amantes de la noche y la nostalgia.

Al ingresar un hombre de historias da la bienvenida, mientras en las mesas, los invitados comparten palabras con aroma a vino o a cerveza helada, en un encuentro con las anécdotas que se recuerdan mejor con una copa y con las notas de ese viejo bolero que pinta en la mente imágenes del pasado, como en un lienzo tan inmenso como la existencia misma.

Una mesa particular llama la atención. Un velo negro con dos copas y un candelabro esperan ser habitadas, dos sillas frías y distantes parecieran invitar a una pareja o tal vez dos amigos en una cita imperdible. Mientras las otras mesas son ocupadas por seres con trajes relucientes, aquella mesa es habitada por sombras y con una llama congelada permanece solitaria.

Por un momento se detiene el aire y caen las luces, dejando todo con una atmósfera de misterio y expectativa. Una luz proyectada sobre una silueta femenina, deja ver el brillo de un vestido que engalana una noche de bohemia, mientras suavemente los dedos acarician las cuerdas de la guitarra, como una introducción a ese cuerpo que cobra vida a través de una voz que acompaña con su movimiento las vibraciones de las cuerdas que invitan a deleitarse con el primer bolero. En el fondo una voz celebra el amor entre las letras de una hermosa canción:

*“Tú viniste en la noche de mi amargo penar, / tu llegaste a mi vida y borraste la herida de mi pena letal. / La ilusión de mi vida es amarte no más, / implorarte el consuelo, el calor y el ensueño que jamás pude hallar”* (Negrita) Garzón y Collazos. El danzar del cuerpo de aquella mujer que con su voz trae recuerdos de amores fugaces, pronto hace que los ojos se cierren y empieza la melancolía de los asistentes, quienes entre brindis dejan caer alguna lágrima herida por aquellos sentimientos que quedaron prendidos en algún corazón que tal vez hoy es ausencia.

Las cuerdas resuenan, los abrazos entre amigos y desconocidos tratan de dar consuelo a esa melancolía que se evoca en cada palabra convertida en recuerdos del alma, entonces vuelve la voz y con ella la promesa eterna:



*“Negrita, pasarán muchos días, muchos años quizás, / y grabada en mi vida llevaré yo escondida tu sonrisa inmortal. / Nadie puede tu imagen de mi pecho arrancar, / adorable y cautiva estarás en mi vida hasta la eternidad” (Negrita) Garzón y Collazos*

Por un momento la tristeza se convierte en sonrisa y las palabras de estos versos abrazan los corazones, devolviendo la ilusión que seca las lágrimas e inmortaliza el recuerdo.

Sea abre el álbum familiar y con él resuenan las palabras de abuelos que contaban historias de amores prohibidos y amantes aventureros, que arriesgaban todo por un amor que llamaban loco, pero que solo representaba la llama del deseo y la pasión de dos cuerpos que se atraen en la distancia y en la ausencia y que solo encuentran en unos versos la forma de mostrar la intensidad de esa locura que se convierte el amor:

*Locura mía  
El pretender que tú llegaras a quererme  
Vivir pensando que algún día puedas darme  
Todo ese amor que yo en mis sueños, he vivido.  
(Locura mía) Trio Los Románticos.*

Un sueño. Eso parecía ser para muchos el amor y con estas palabras se levantan las voces de los asistentes a la coral, mientras las sombras deciden bailar ante la timidez de los bohemios que prefieren abrazar sus recuerdos y danzar con ellos. La Coral se convierte en una de esas páginas envejecidas por el tiempo, mientras las copas se vuelven a llenar, ya no de vino, sino de lágrimas. Entonces en cada sorbo de pasado, los labios parecen traer el aroma de otros que antes se acercaron con la ilusión de una promesa que ahora se extraña, mientras las cuerdas entonan el viejo bolero de los Panchos llamado “Contigo”:

Tus besos se llegaron a recrea aquí en mi boca  
Llenando de ilusión y de pasión mi vida loca  
Las horas más felices de mi amor fueron contigo  
Por eso es que mi alma siempre extraña el dulce alivio. (Contigo) Los Panchos.

Y es que por un momento tantos recuerdos y en medio de una pausa, pareciera que el amor cubre con un manto cada rincón. En los rostros se puede ver esa bohemia que pregunta si acaso se puede vivir sin un amor que grabe recuerdos en el alma o si no hay algo más hermoso que le de fuerza a la vida que el estar enamorado. Entonces las luces lo iluminan todo y con nuevas melodías se homenajea el amor en un bolero contemporáneo de los TRI-O:

Sin un amor  
La vida no se llama vida  
Sin un amor  
Le falta fuerza al corazón  
Sin un amor  
El alma muere derrotada  
Desesperada en el dolor  
Sacrificada sin razón  
Si un amor no hay salvación. (Anheló) Los Tri-o.

Entonces el amor pareciera ser el fundamento de la vida, la razón de la alegría y a la vez de la tristeza, una dualidad que abarca la existencia misma y que deja al bohemio en una encrucijada, en una incertidumbre. Se llena de un aire nostálgico, pero a la vez melancólico, su figura cambia con el pasar de las horas, entonces el repertorio trae consigo la voz de la mujer

iluminada por el brillo de su vestido y allí da inicio al ritual de la voz que desgarrar las almas y evoca la ausencia como tema principal, entonces el bolero sacude el corazón como se sacuden las ramas tras la brisa que presiente la tormenta.

Tras una voz melodiosa llega la letra del trio Ambalá con su tema "En un rincón del alma" y con ella las lágrimas brindan, porque la bohemia no tiene género, solo son almas llenas de desamores e infortunios que lloran en silencio, "en un rincón del alma donde tengo la pena que me dejó tu adiós, en un rincón del alma se abre aquél poema que nuestro amor creo" Trio Ambalá. Las mesas se llenan de suspiros y entre letras poéticas surgen recuerdos de cartas dejadas tras un adiós. Testimonios de aquellos que traen consigo la tristeza de aquella pareja que en una noche solitaria abandonó un hogar. Aquel momento en que se vio a una madre encerrada en su llanto, tratando que los hijos no vieran su sufrir, mientras buscaban excusas para explicar la ausencia, de aquel hombre o aquella mujer que sin razón alguna borraba las huellas de su camino a casa para no regresar.

Al ver la conexión con esa ausencia de una casa, los asistentes piden a coro una canción que les hable de aquellas paredes que fueron también testigas del abandono y que sin pensarlo cayeron en el más cruel olvido. La voz de un hombre de años abre la puerta de aquella casa que remonta el pasado y con él la infancia, dibujada en un patio donde ya no crecen sino las plantas de la desdicha y la soledad:

Ya no vive nadie en ella  
A la orilla del camino silenciosa está la casa  
Se diría que sus puertas se cerraron para siempre  
Se cerraron para siempre sus ventanas. (Las Acacias) Silva y Villalba

Es imposible contener el llanto ante esta melodía que evoca tantos juegos y recuerdos enredados en la mente. Reflejos solitarios de imágenes que se niegan a perderse con el tiempo y que resisten como formas de hacernos soportables las que ahora intentan imponerse en nuestra memoria.

El latir de un viejo reloj anuncia la llegada de la media noche. Una copa seca, que danza en

movimientos circulares en la mano de un viejo y acongojado espectador, llama en silencio a uno de los meseros, quien desliza suavemente el líquido efervescente de una cerveza cuyo color se confunde con el de los dedos del hombre, esos mismos que llevan la huella de miles de cigarrillos fumados en momentos de soledad, desesperación, angustia y tal vez ansiedad, un amarillo marchito como la mirada perdida de aquel bohemio que entre el humo y el vapor del licor ahonda la pena del olvido o quizás la promesa de amor que lleva enredada en el alma y que hoy los boleros evocan.

Unos zapatos brillantes, un traje que en la oscuridad da señales de pequeñas luces de paño italiano o tal vez francés, acompañan el cuerpo cansado de aquel hombre que entre mesas se observa. Ante su mirada constante la mujer que está próxima a subir al escenario, acude a su llamado. Él sin soltar de su mano la copa a medio llenar, le indica con suaves palabras de una voz ronca, el deseo de escuchar aquella vieja melodía de Rolando Laserie que le hace prender otro cigarrillo y entre el humo de la vida y el olvido, levanta la mano como haciendo un brindis con la soledad:

Hola Soledad  
No me extraña tu presencia  
Casi siempre estás conmigo  
Te saluda un viejo amigo  
Este encuentro es uno más

Hola Soledad  
Esta noche te esperaba  
Aunque no te diga nada  
Es tan grande mi tristeza  
Ya conoces mi dolor

Yo soy un pájaro herido  
Que llora solo en su nido  
Porque no puede volar  
Y por eso estoy contigo  
Soledad yo soy tu amigo  
Ven que vamos a charlar. (Rolando Laserie)

La nostalgia que acompaña éste bohemio, está impregnada en cada corazón y, muchos levantan a su vez las copas de la soledad, intentando dejar en el interior del alma las lágrimas que brotan

entre las heridas que ha dejado un dolor que prefieren ahogar en el alcohol y los boleros. Ahora el turno es para la voz ronca que evoca las palabras de un Ángel, tal vez uno de los pocos que acompañan a los solitarios en las frías mesas de “La Coral”, ya cuando las horas se han envuelto en el licor y las penas se acompañan con amistades momentáneas que surgen al sonar ésta melodía:

Vengo a emborracharme el corazón  
Para olvidar un loco amor,  
Que más que amor, fue un sufrir.  
Y aquí vengo para eso,  
A borrar antiguos besos  
En los labios de otras bocas.  
Si su amor fue por un tiempo,  
¿Por qué es tanto el sufrimiento y esta cruel  
preocupación?  
Vengo, por los dos, mi copa a alzar,  
Para después, así brindar, por los fracasos del  
amor. (Ángel Canales)

Resuenan las cuerdas en las manos callosas de hombres que llevan consigo la huella de muchas serenatas a la noche y a los amores que a veces parecieran traer el dolor prendido en las caricias y las palabras cargadas de promesas lanzadas al vacío, como anclas de barcos que con el tiempo se van hundiendo en los mares del olvido, dejando solamente un rastro de tristeza que recorre la vida de muchos hombres y mujeres que se niegan a dejar entre recuerdos, aquellos momentos que en otro tiempo fueron vida y motivación de brindis de alegría.

El clima cálido de la ciudad musical se hace a un lado y cuando el reloj marca las dos de la mañana, el cielo llora como lo hacen algunos asistentes que al escuchar las gotas retumbando en el techo de “La Coral”, levantan sus rostros como si quisieran preguntar a lo divino el porqué de su dolor, mientras el último trío entona una suave melodía que se acompaña con la lluvia y con los últimos sorbos de ese vino o esa cerveza helada como el alma:

Al cielo una mirada larga  
Buscando un poco de mi vida.  
Mis estrellas no responden  
Para alumbrarme hacia tu risa.

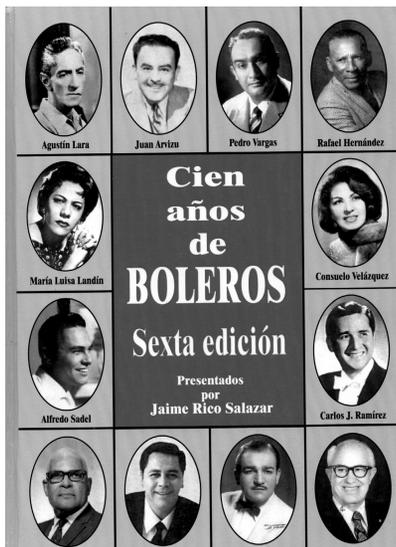
Olas que esfuman de mis ojos  
A una legión de tus recuerdos.  
Me roban formas de tu rostro  
dejando arena en el silencio.  
Te busco perdida entre sueños  
los ruidos de la gente me envuelven en un velo.  
Te busco volando en el cielo  
El viento te ha llevado como un pañuelo viejo.  
Y no hago ms que rebuscar  
paisajes conocidos  
En lugares tan extraños  
Que no puedo dar contigo. (Celia Cruz)

Las luces se encienden anunciando el final de la velada. Entre aplausos y agradecimientos, los asistentes se levantan de sus mesas para agradecer a los artistas invitados de la noche. Poco a poco van quedando vacías las mesas, mientras los meseros de “La Coral” retiran las copas y apagan las velas derretidas que se aferran a los viejos candelabros, como queriendo que se haga eterna la noche, hasta que caigan como gotas que dejan en la mesa, la huella de un ritual de recuerdos y nostalgias.

Los taxis se aglomeran en la entrada, como aquellos coches que en otros tiempos esperaban a las parejas para llevarlas a sus moradas. Muchos se van buscando una última botella que termine de ahogar cada pena que los boleros revivieron y que ahora solo quieren guardar en el trago amargo de un aguardiente o una cerveza en el viejo estanco donde terminan muchos músicos de los que en la velada simplemente esperaron terminar para dar rienda suelta a esa nostalgia que también los invade, pues cada uno lleva consigo una historia, que al cerrar las puertas, quedan prendidos en su memoria.

Una silueta con pequeños brillos se va perdiendo en la oscuridad. Con una botella en la mano se va consumiendo en la distancia. Aquel hombre va dejando en su caminar el rastro de su bohemia, esa misma que lo acompaña cada noche en que asiste sin dudar a la cita que desde hace 10 años tiene en la misma mesa de ese sitio que tras su partida, termina de apagar su luz y queda silencioso, con las notas de guitarras que estarán para siempre en el aire de esas paredes que le recordarán ese amor que le dejó en una copa, al aroma de su ausencia y que en una cita

incumplida inundó su corazón de un desamor del que “La Coral” es la única testigo.



Hay lugares que se dejan en el olvido así como los recuerdos que quisieran ser borrados, pero ante nuestra terquedad, se prenden a nuestra mirada, esa misma con la que contemplamos el mundo y que va desdibujando los paisajes que hicieron parte de nuestra vida y que son digeridos por la boca del tiempo, tal como lo menciona Bartolomeu Campos de Queirós en su libro “Por parte de Pa”:

El tiempo tiene una boca inmensa. Con su boca del tamaño de la eternidad va devorando todo, sin piedad. El tiempo no siente lástima de nada. Mastica ríos, árboles, crepúsculos.

Tritura los días, las noches, el sol, la luna, las estrellas.  
Es el dueño de todo. Pacientemente, engulle todas las cosas, saboreando nubes, lluvia, tierras y cultivos.  
Consuma las historias y saborea los amores.  
Nada queda para después del tiempo...”

Hoy “La Coral” ha quedado con sus puertas selladas, el tiempo parece a ver llegado y un frío silencio ha inundado cada espacio de esta casa que ahora no acoge a nadie, pues lo que la habita es el abandono y la fría mortaja de la indiferencia. Un invitado a dejado vacías las calles de la ciudad musical y muchas guitarras y voces se han acallado ante la fiereza de aquel ser

que sin forma vino habitar este mundo que con ojos cerrados lo abrazó. Los boleros se quedaron vagando solitarios, mientras los bohemios siguen esperando el rumbo de la cantina o de la muerte. Los tríos y los duetos han sido encerrados y disueltos. Los artistas han cambiado sus guitarras y su voz evocando boleros, por la esquina y las filas en las que ofrecen un producto para el cuidado, con voces cansadas y azotadas por el hambre, porque en esta ciudad musical, para los gobiernos los artistas y la cultura no valen nada, son seres invisibilizados que ahora han sido lanzados de su morada y no les queda más que intentar sobrevivir con el peso del recuerdo de un bolero que evocaba la bohemia y ahora solo es olvido.

### Bibliografía

- Puerta Molina, A. A. (2016). La crónica latinoamericana actual: lo maravilloso real. Análisis del periodismo narrativo de Alberto Salcedo Ramos.
- Queirós, B. C. (1998). *Por parte de Pa* (Vol. 107). Fondo de Cultura Económica.
- Canciones tomadas de internet de los siguientes links:
- Te busco (Celia Cruz) <https://www.youtube.com/watch?v=KYXHGFbeUg4>
- Nostalgia (Ángel Canales) <https://www.youtube.com/watch?v=J4FTeXsm4Kc>
- Hola, soledad (Rolando Laserie) [https://www.youtube.com/watch?v=2\\_vcw-VEKRM](https://www.youtube.com/watch?v=2_vcw-VEKRM)
- Las Acacias (Silva y Villalba) <https://www.youtube.com/watch?v=1fGnpRuEV5M>
- En un rincón del alma (Trio Ambalá) <https://www.youtube.com/watch?v=zmQijSHFW8>
- Anhelo (Los Tri-o) <https://www.youtube.com/watch?v=89o6A0K2UXc>
- Contigo (Los panchos) <https://www.youtube.com/watch?v=KojhrlRzwdw>
- Locura mía (Los románticos) <https://www.youtube.com/watch?v=LNaL1PDtj6Q>
- Negrita (Garzón y Collazos) <https://www.youtube.com/watch?v=rdB65yK5-uU>